



MUNDOS

JOE HALDEMAN

«La escritura de Joe Haldeman en su mejor momento... Hay escenas en 'Mundos' que no olvidaré jamás»
—Stephen King

En 2084 casi medio millón de humanos han huido de la población y la super-población y viven en asteroides huecos encima de la Tierra. Para Marianne O'Hara, que nació y vive en Nueva Nueva York, uno de los muchos mundos orbitales, la posibilidad de asistir a la universidad en el planeta madre es al mismo tiempo aterradora y estimulante. Deja un clima de amor libre, de familias organizadas en matrimonios de tres miembros llamados «triunos», sin armas ni riqueza privadas, para viajar a la vieja Nueva York. Pero las cosas son muy distintas abajo. Proliferan la violencia, el malestar y el fanatismo político, y mezclarse con la gente equivocada puede tener consecuencias serias y siniestras... capaces incluso de destruir los Mundos.

Esto es, finalmente, para Kirby

PREFACIO

Debes sobre todo ser joven y alegre. Porque si eres joven, cualquier vida que lleves se convertirá en ti; si eres alegre cualquier vida se volverá tú mismo. Chicaschicos no necesitan más que chicoschicas: yo conozco totalmente su único amor cuyo misterio hace de cada hombre de carne crear espacio; y su mente borrar el tiempo que puedas pensar, dios te perdone y (en su misericordia) guarde a tu verdadero amor: en eso reside el camino del conocimiento, la tumba fetal llamada progreso, y la muerte de la negación sin sentencia.

Mejor quiero aprender de un pájaro a cantar que enseñar a diez mil estrellas a no bailar.

E. E. CUMMINGS (1894-1962)

1

MUNDOS APARTE

No se conoce el espacio si no se ha nacido allí. Como mucho, puedes acostumbrarte a él.

Si se ha nacido en el espacio no se puede amar la superficie de un planeta. Ni siquiera la de la Tierra, demasiado grande, demasiado llena de gente y sin nada, entre uno y el cielo. Los objetos caen allí en línea recta.

A pesar de ello, la gente de la Tierra visita los Mundos, y la gente de los Mundos visita la Tierra. Siempre para regresar cambiada y, en algún caso, dejando cambios tras ella.

2

LOS MUNDOS

El mundo no se acabó en el siglo XX, pero salió de él maltrecho y, durante la mayor parte del siglo siguiente, las cicatrices psíquicas del pasado reciente constituyeron una parte importante de la actividad humana; más, incluso, que las expectativas presentes o las esperanzas en el porvenir.

Muchas personas, aunque no la mayoría, creyeron que la única esperanza real para la especie humana estaba en los Mundos, las colonias orbitales cuya población, en los años ochenta, se acercaba al medio millón. Los Mundos parecían ofrecer a la Tierra un lugar donde empezar de nuevo, una tabla rasa, un espacio ilimitado para expandirse. Así lo consideraba la mayoría de residentes en los Mundos, y algunas personas en la Tierra.

Se les denominaba los «Mundos» por convención, no como expresión de un grado significativo de autonomía política o de propósito común. Algunos, como Salyut y Acuden, no eran más que colonias con poblaciones aún leales a sus países fundadores. Otros dependían de corporaciones como Bellcom o Skyfac y había uno que pertenecía a una secta religiosa.

Había cuarenta y un Mundos, cuyo tamaño iba desde pequeños laboratorios hasta la enorme Nueva Nueva York, que acogía ya a un cuarto de millón de personas.

Nueva Nueva York era políticamente independiente, al menos en teoría. No obstante, tras cuarenta años de exportar energía y materias primas, todavía mantenía enormes

deudas con los Estados Unidos de América y el estado de Nueva York. Allá por el 2010, había parecido una inversión rentable a largo plazo, pues otros productores de energía a menor escala, como el Mundo de Devon (entonces llamado de O'Neill) estaban logrando fortunas. Sin embargo, llegó entonces el abaratamiento del método de fusión y Nueva Nueva apenas pudo cobrar el kilowatio/hora con un beneficio suficiente para devolver los intereses del capital invertido. Dos industrias mantuvieron en marcha la colonia: la espuma de acero y, sorprendentemente, el turismo.

Nueva Nueva se inició a partir de un asteroide llamado Pafos y de una filosofía denominada «economía de escala».

Pafos (cuya denominación astronómica era 1992BH) era un pequeño asteroide cuya órbita lo acercaba, una vez cada nueve años, a unos 750 000 kilómetros de la Tierra. Estaba compuesto de níquel y hierro, es decir, de acero casi puro.

Doscientos cincuenta trillones de toneladas de acero merecían la pena. En 2001, una factoría orbital interceptó a Pafos y se ancló en él. Durante los nueve años siguientes, cientos de explosiones nucleares meticulosamente calculadas lo desviaron de su órbita, aproximándolo a la Tierra. En 2010, fue colocado en órbita geosincrónica y se convirtió en un nuevo astro que colgaba sobre el cielo de América del Norte y del Sur, sin destellar, y más brillante que Venus.

Las bombas que lo habían impulsado eran «cargas controladas», cuya misión era doble: excavar en el planetoide, al tiempo que lo movían. Cuando Pafos llegó a su nuevo emplazamiento, se había excavado su centro, transformándolo en un hueco donde la gente llegaría a vivir. También se le dio un movimiento de rotación mucho más rápido que el de cualquier planetoide natural, y el giro lo dotó de una gravedad artificial en el interior.

Los megatones para poner a Pafos en órbita y para impulsar su rotación habían sido regalo de los Estados Unidos (rescatados de armas obsoletas procedentes de la carrera

armamentística del siglo anterior), a cambio de un status perpetuo de «nación más favorecida». Un uno por ciento de la masa de Nueva Nueva proporcionaría a Estados Unidos acero suficiente para mil años, y sería el único país que no tendría que pagar tasas.

Después se cerró la abertura del planetoides y se llenó el hueco de aire, tierra, agua, plantas y luz, y se modeló el interior en una combinación de zonas silvestres meticulosamente proyectadas y parques exquisitos. Luego empezó a llegar gente. Al principio, mineros con enormes perforadoras que extraían el acero del sólido subsuelo metálico, bajo la capa de bosques y hierbas cada vez más abundantes. El acero valía su peso en dinero para cualquier país o empresa que construyera estructuras en órbita. Habitualmente, el noventa y nueve por ciento del coste de los materiales de construcción en el espacio correspondía al lanzamiento. Nueva Nueva York podía enviar acero a cualquier órbita por poco dinero, mediante lentas naves de transporte impulsadas por energía solar.

Cuando los mineros llevaban ya un año dedicados a su trabajo, llegó el equipo de construcción que convirtió en ciudad los pasadizos y las cavernas. Igual que su homónima, Nueva Nueva York iba a tener su Central Park —más estrictamente central en el caso de Nueva Nueva— para que quienes se disponían a pasar su vida en unas cuevas de metal tuvieran un pulmón verde y un espacio abierto.



El abaratamiento del método de fusión, que tanto había afectado el mercado energético, también hizo accesible el viaje al espacio a los simples pudientes. Acudieron turistas para ponerse unas alas y volar (lo cual se hacía sin esfuerzo

en la zona de gravedad cero en torno al eje) o para sentarse durante horas en las cúpulas de observación, perdidos en el hermoso y terrible vértigo de Pafos. Los recién casados y muchos otros acudieron para hacerse el amor en gravedad cero, lo que resultaba maravilloso siempre que uno no empezara a dar vueltas, y para darse el capricho de pagar dos mil dólares por una noche en una pequeña habitación del Hilton. Los enófilos gastaban los ahorros de toda una vida para subir y probar vinos que no se exportaban nunca: los SaintEmilons, los Château d'Yquem y los neuf-du-Pape que no tenían años mejores que otros porque todos eran perfectos, las cosechas del siglo.

El turismo funcionaba en ambos sentidos. Casi todos los hombres, mujeres y niños de Nueva Nueva deseaban ver la Tierra, pero los gastos cotidianos se lo impedían, salvo a uno entre mil.

Marianne O'Hara fue una de las afortunadas. Depende de cómo se mire.

3

FAMILIAS

Al contrario que muchos de sus contemporáneos, O'Hara no estaba obsesionada con la genealogía y, por ello, no sabía nada de los antepasados más allá de su bisabuela, que todavía vivía y que, en realidad, también residía en Nueva Nueva York.

Pese a todo, la muchacha hubo de afrontar la llegada del tiempo en que había de considerar la obligación de tomar un compañero. La institución de la «familia lineal» en los Mundos daba lugar a una extensísima parentela. Corría el chiste de que, antes de aceptar una cita con alguien, uno debía acudir al ordenador para saber el grado de incesto que se iba a cometer. O'Hara pertenecía a la cuarta generación de habitantes de los Mundos y estaba relacionada con seis líneas familiares distintas, tres de ellas debidas a su abuela, que en su tiempo había provocado ella sola una explosión demográfica.

Diversos documentos de las familias se remontaban a una sorprendente pelirroja que había abandonado un mal matrimonio en Prusia, allá por el siglo XIX, para emigrar a Norteamérica. Aquella mujer se casó con un herrero de Pennsylvania y tuvo siete hijos. Uno de ellos se trasladó a la perversa Chicago y se ganó la vida, sobre todo, transportando dinero y, ocasionalmente, como carterista. Tenía aptitudes para ambos trabajos y también para estar en el lugar inadecuado en el momento más inoportuno, por lo que murió en un tiroteo, lo que no era una forma inusual de

morir para un joven delincuente en Chicago. Antes, sin embargo, tuvo un hijo de una prostituta, que lo abandonó en un orfanato. Aquel niño fue educado por un montón de monjas y acabó convertido en un aburrido profesor de griego clásico. También tuvo una hija (vivo retrato de la prusiana pelirroja) que, a través de una curiosa secuencia de emulaciones y rebeliones, acabó por doctorarse en bioquímica, en una especialidad que requería ciertos trabajos en órbita. Y en órbita tuvo una hija bastarda, la cual se quedó en el espacio, vinculada a la Compañía de Nueva Nueva York, convirtiéndose con el tiempo en la bisabuela de Marianne, quien adoptaría el apellido O'Hara.

A su madre le molestó que Marianne escogiera el apellido O'Hara. Las adolescentes solían elegir su apellido en honor de alguien, pero ni siquiera conocían a nadie que se apellidara O'Hara. Marianne declaró que lo había seleccionado porque le gustaba cómo sonaba (y, desde luego, sonaba mejor que Marianne Scanlan, su nombre de familia); en realidad, había revisado listas y listas de apellidos, buscando el más adecuado, hasta llegar a perder toda capacidad discriminatoria.

La noche anterior a la fiesta de su Menarquía, con el cuerpo lleno de un íntimo sentimiento de indignidad y con la cabeza obnubilada por las drogas que precipitarían la llegada de la fecundidad, había consultado la lista de lecturas de su asignatura sobre novelistas populares del siglo XX y había decidido honrar a John O'Hara porque su nombre estaba aproximadamente en mitad del alfabeto, con lo que nunca se vería relegada al final de las listas.

¿Tan mal gusto tenía su madre para ponerle por nombre Marianne, llamándose Scanlan? No; cuando la muchacha nació, el apellido de su madre era Nabors, y sólo pasó a la línea familiar Scanlan cuando Marianne ya tenía cinco años, y su madre diecisiete.

La mayoría de los habitantes de Nueva Nueva pertenecían a una línea familiar; todos los no marginados tenían re-

lación al menos con una línea. La costumbre tenía sus raíces en Norteamérica y había comenzado antes de final de siglo a consecuencia de los impuestos y la libertad sexual imperante.

Las familias lineales se iniciaron en Nueva York, donde los impuestos sobre las herencias llegaban a engullir hasta el noventa por ciento de las propiedades. Una manera de evitar esto era redefinir a la familia como una corporación, donde todos los miembros ostentaban puestos directivos. Un libro de gran éxito explicaba el sencillo proceso legal a seguir.

El Estado reaccionó, aleccionando a los tribunales para que exigieran que toda corporación cuyos miembros directivos estuvieran emparentados por lazos de sangre hubiera de demostrar que no se había instituido con el objeto de evadir el pago de los impuestos. Ello generó un ruidoso coro de airados editoriales y exaltados pronunciamientos por parte de políticos temporalmente sin cargo. Otro libro de gran venta, acompañado de formularios recortables, explicaba que el modo más sencillo de saltarse la nueva ley era efectuar una fusión: unir fuerzas, sobre el papel, con otra familia no relacionada con la propia.

Por aquella época, Norteamérica disfrutaba de un retorno a la permisividad sexual, de modo que las fusiones se realizaron tanto sobre el papel como sobre la cama. También triunfó la moda de la vida comunal, que se inició en las zonas rurales pero fue ampliamente aceptada y puesta en práctica en las ciudades —especialmente en Nueva York— cuando se demostró que una comunidad de arrendatarios podía hacer mucho más cooperador al propietario de la finca. El término «familia lineal» tuvo su origen en California, donde los miembros de esas corporaciones consensuadas decidieron tomar el mismo apellido; la costumbre llegó después al este y, por último, al espacio.

En los Mundos, como en la Tierra, las familias lineales dieron impulso al inconformismo, pero también a la rigidez.

En un par de generaciones, el experimento se convirtió en costumbre y luego en tradición. Y si a uno no le gustaba, siempre podía iniciar su propia línea.

Por ejemplo, la línea Scanlan se componía de matrimonios de tres miembros, llamados triunos. Los triunos se entrelazaban en ocasiones para formar unidades mayores, pero esto se consideraba una procacidad. La línea Nabors era menos formal. En general, los jóvenes se emparejaban con mujeres ancianas y las muchachas con hombres ya maduros, con frecuentes cambios de pareja. El que la madre de Marianne sólo tuviera doce años cuando dio a luz a su hija no escandalizaba a nadie. Sin embargo, cuando se supo que el padre no sólo no era un Nabors, sino que era un marginado, tanto la madre como la hija fueron separados de la corporación sin ningún miramiento.

Para convertirse en un Scanlan, el aspirante sólo tenía que acreditar una fertilidad demostrada y encontrar incompleto un triuno compatible, o solicitar la entrada con otras dos personas fértiles (con la condición de que no fueran los tres del mismo sexo). La madre de Marianne adoptó este segundo camino: hizo la solicitud con dos hombres, su amante de aquel entonces y el padre de Marianne, quien regresó junto a su esposa de la Tierra una semana más tarde, como se había acordado previamente.

Así, Marianne pasó a ser una prefértil sin padre adjunta a un triuno incompleto, con una madre lo bastante joven para ser su hermana (las mujeres Scanlan solían retrasar el momento de tener hijos hasta después de cumplidos los treinta). Marianne era distinta y los demás niños no la admitían. Eran niños poco amables y mayores que ella, y quizás esta fue la causa de que retrasara su entrada en la adolescencia todo lo posible.

Cuando por fin se hizo mujer, su aspecto era más llamativo que hermoso, debido a los genes emigrados de Prusia dos siglos antes: una abundante cabellera color rojo oscu-

ro, ojos castaños y piel pálida. La gente se volvía para mirarla.

4

HERMANAS DE SANGRE

Las fiestas de la Menarquía son divertidas para todos, menos para la invitada de honor. El vino añejo no se mezcla bien con las hormonas nuevas. ¿Cómo simular alegría cuando la infancia se te escapa haciendo sangrar a tu cuerpo?

O'Hara se daba cuenta de que estaba bebiendo demasiado vino, en un intento de librarse del agrio sabor a vómitos. Estos eran consecuencia de un exceso de píldoras analgésicas. Sin embargo, los dolores estaban todavía allí, a la espera de que el medicamento hiciera su efecto. Si se quedaba quieta un instante, la muchacha creía notar cómo le crecía la carne, cómo se le hinchaba su pecho de muchacho. Pero no lograba permanecer quieta, ya que ninguna posición le parecía cómoda durante mucho rato. En cambio, no podía ponerse en pie sin sentirse al borde del vómito. Había abandonado la fiesta para salir al exterior, a las escaleras que subían hacia el parque, y eso la había aliviado durante un instante. Pero ahora ya no había otro lugar adonde ir, salvo a la compuerta de aire. Casi parecía una buena alternativa. Ni siquiera sangraba todavía, violada por la compresa de algodón. No quería llorar. Si alguna mujer intentaba pasarle el brazo por los hombros y consolarla, le haría tragarse los dientes de un puñetazo.

—¡Pobre hija mía! —Marianne no podía pegarle a su madre—. ¡Que pálida estás! ¿No irás a devolver otra vez?

—Gracias —replicó la muchacha entre dientes—. Casi lo había olvidado.